P. ¿Quiénes son los modestos?

R. Los que al reconocer que tienen algunas ventajas sobre los demas, procuran no herir su amor propio, y moderan en sus palabras y en sus accciones, cualquier mal efecto que podria causarles la ostentacion de tales ventajas.

P. ¿Qué es lo que se llama Arrogancia?

R. Toda manifestacion orgullosa de un poder ó mérito que no están probados.

P. ¿Qué es Magnanimidad?

R. Aquella dispocision del ánimo que para defender la justicia ó para proteger al débil, no mide los peligros propios.

P. ¿Qué se entiende por Emulacion?

R. El vivo deseo que sentimos de imitar ó exceder en mérito las acciones de otros.

P. ¿Y qué reglas deben observarse en la emulacion?

R. I. Que jamas debe ejercitarse este género de orgullo en lo malo. II. Que debe uno medir sus fuerzas para no sacrificarse estérilmente; y III. Que debe evitarse toda ostentacion, para no ser abrumado por el ridículo en los casos adversos, y aun á fin de apartar los obstáculos que casi siempre oponen los rivales.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DE LOS VICIOS

OPUESTOS A LA CARIDAD, Y DE OTRAS VIRTUDES QUE SON SUS CORRECTIVOS.

I.—Ambicion.

La *ambicion* es el constante deseo de dominar; por tal deseo, al que se sacrifican todos los afectos de la vida, el ambicioso no vive para sí mismo ni para su familia; es un esclavo de las ajenas voluntades, cuya adhesion necesita para el logro de sus intentos.

El ambicioso forzosamente es inmodesto, y no siempre tendrá un orgullo noble, por la flexibilidad que requiere en el carácter la pasion de que hablamos.

La ambicion es un resorte necesario para el gobierno de los

hombres. Por corta que sea la experiencia de un individuo, luego comprende que la felicidad y la paz del alma huyen de los que se dedican á los negocios públicos, por lo que bien considerados, nadie deberia dedicarse á la penosa tarea de dirigirlos. Mas al sér racional le halaga y le atrae poderosamente todo lo que le da cierta conciencia de superioridad; por esto, una eleccion honrosa lo trastorna, y un antagonismo en que triunfa, le hace creer decididamente que tiene un mérito extraordinario.

Si la eleccion no viene por sí misma y naturalmente, si el rival es preferido, queda la creencia de que sus manejos le dieron seguramente la ventaja, y el propio orgullo procura lisonjearse de que empleando iguales ó superiores medios se obtendrá la victoria.

Entrando así en el ánimo la ambicion con velas desplegadas, impulsada tal vez por otros motivos poderosos, que se le unen frecuentemente, como la avaricia, ó el deseo de vengarse, se torna en frenesí, y ya no reconoce prudencia capaz de contenerla, ni medios á que no apele, por vedados que puedan ser.

En tal estado, la ambicion que podia traer grandes beneficios á los pueblos por la mejor direccion y cuidado de sus intereses, se torna en foco de inmoralidad y corrupcion, porque el ambicioso necesita instrumentos mas ó menos viles y objetos de su encarnizada dominacion; y ¡ay de los que se opongan á ella! todos los rayos del poder que se ha conquistado, todas las iras de una soberbia desenfrenada, caerán sobre el hombre de entereza que no queriendo ser cómplice llega á ser víctima.

II.—La ambicion proporciona excelentes servidores al pueblo.

La ambicion es plaga comun en las repúblicas y en las monarquías, con la diferencia de que en éstas es forzosamente mas encubierta, porque el ambicioso que quiere atraerse á un pueblo, tiene que mostrarse generoso, espléndido, firme en las opiniones, activo y emprendedor; mientras que el ambicioso que vive cerca de los monarcas, sabe que el medio seguro de alcanzar sus intentos, es hacerse agradable al soberano.

Los ambiciosos se obligan á todo, y en esto consiste una parte de la compensacion que puede hallarse á tal defecto, pues ya que tenemos tan oficiosos servidores, podremos elegir lo menos malo, y exigirles el cumplimiento de lo que prometen.

Si un pueblo se deja burlar por los que le mandan, culpa suya es, cuando con solo amenazarlos con sus rivales, podrá lograr una saludable competencia.

No nos alarmaria encontrar en una nacion muchos que aspirasen á los puestos y al mando; lo que nos inquietaria sobremanera, seria la abyeccion de los que obedecen, y la paciencia y resignacion del comun de los ciudadanos, respecto de los que le sirven mal, teniendo tantos motivos para servir bien.

Roma tuvo una serie de cónsules que la elevaron al mas alto grado de poder, porque el senado y el pueblo premiaban con esta magistratura á los mejores ciudadanos.

III.—Popularidad.

La ambicion en las repúblicas necesita apoyarse frecuentemente en una base desmoralizadora por excelencia; hablamos de la *popularidad*. Que la tenga el que ha hecho grandes bienes á una nacion, es cosa natural y debida; pero que se sacrifique todo, hasta lo justo, al vano deseo de popularizarse, lisonjeando los malos instintos de la multitud, es lo que merece la mas severa reprobacion.

La alabanza que debemos buscar es la de los buenos, la de aquellos que merecen elogios por sus acciones nobles, y aun por su conducta habitual: en esto consiste la verdadera gloria.

Los gritos del populacho que con la misma facilidad entona el *¡hosanna!* que clama el *¡tolle, tolle!* son humo que para nada debe tener en cuenta el hombre público.

A decir verdad, no hay cosa mas difícil que hallar un correctivo á las malas ambiciones, que, como hemos indicado, se desarrollan bajo todos los sistemas de gobierno. La ciencia política carecerá de bases sólidas y permanentes para hacer el bien de las naciones, mientras que se ocupe solo de la estructura de los gobiernos y de equilibrio de poderes. Dos cosas solamente lo equilibran todo, la ilustracion general de los ciudadanos y la consiguiente moralidad pública. Un pueblo pervertido tendrá forzosamente tiranos; un pueblo ignorante será siempre la mas fácil presa de cualquier ambicioso.

Hemos alcanzado una época en que la nacion mas grande que hoy existe, los Estados Unidos de América, obrando sobre sí mismos con el impulso de la democracia, acaban de depurarse de una horrible mancha que afeaba su fisonomía; han abolido la esclavitud, despues de la mayor guerra civil que registra la historia. Pues bien; se equivocaria mucho el que creyese que tan portentoso adelantamiento, pues ha sido necesario vencer centenares de miles de soldados valientes que sostenian tan deplorable institucion, provenga solo de sus mejoras y recursos materiales. Han vencido los Estados abolicionistas, porque son mas

inteligentes y moralizados, como lo prueban entre multitud de hechos que podrian citarse, los siguientes:

Harfford, ciudad capital de Connecticut, ha dado en la estadística de 1866, la noticia de que solo han quedado sin aprender á leer tres idiotas: ¡todos sus ciudadanos saben leer!

Mister Lincoln, el último presidente de los Estados Unidos, que vió comenzar y terminar la rebelion del Sur, en una de sus proclamas dijo: que de los *soldados rasos* que Massachussetts tenia en el ejército, ☞ podrian sacarse funcionarios que desempeñasen dignamente todos los cargos de la Union y de los Estados; y lo que es mas, los del poder judicial. ☜

Los Estados de la Nueva Inglaterra, á que pertenecen los dos de que acabamos de hablar, son los mas adelantados en la Union americana, y no pusieron límite en sus sacrificios y esfuerzos para extinguir la esclavitud.

IV.—Fanatismo de los ambiciosos.

Notaremos que es propio de los grandes ambiciosos el fanatizarse á sí mismos. No solo el devoto platica con la divinidad y obtiene sus revelaciones; los conquistadores toman tambien su propia inquietud, como el impulso que creen haber recibido del cielo. "*No puedo detenerme, Dios me impulsa hácia adelante,*" decia Alarico cuando marchaba sobre Roma. (1)

Del mismo modo, mil años despues, Mahomet II despertaba á su visir diciéndole: *Yo te pido á Constantinopla; no puedo dormir sobre esta almohada. Dios quiere darme á los romanos.*

Tambien Atila se dejó llamar *azote de Dios. Las estrellas caen,* decia, *la tierra tiembla, yo soy el martillo del mundo, y donde pone mi caballo los piés no vuelve á crecer la yerba.* Tanta era la jactancia de un hombrecillo de figura deforme, de color aceitunado, gruesa cabeza, nariz roma, pequeños ojos hundidos como de puerco, que llenó al mundo de espanto, al frente de setecientos mil guerreros.

(1) Roma fué saqueada durante seis dias por los godos, al mando de Alarico, desde el 24 de Agosto del año 410 de nuestra era, despues de haber dominado por espacio de 1,163 años al mundo conocido, á contar desde su fundacion, que fué 753 años antes de Jesucristo, por lo que hoy (1868) cuenta de existencia 2,621 años.

"El campo godo en esa primera ocupacion de la eterna ciudad, estaba lleno de ciudadanos y matronas de casas ilustres, que convertidos en esclavos y en ludibrio de la fortuna, servian el vino de los que antes eran sus campos, á los rudos septentrionales, los cuales, sentados bajo los plátanos y los eternos laureles de la quinta de Ciceron y Lúculo, gozaban las delicias del cielo italiano, marchando desde allí á nuevas batallas y á causar nuevos estragos.

V.—Economía, Avaricia.

Si observamos bien el estado social, la economía es una virtud tán indispensable, como lo es la prevision de males efectivos, de los que nos libertamos con solo gastar menos de lo que ganamos; la exageracion de esta precaucion es lo que llamamos *avaricia;* el absoluto olvido de dicha precaucion, es la *prodigalidad.*

Por la avaricia, el hombre no atiende debidamente á sus mas apremiantes necesidades, ni á las de su familia, pudiendo hacerlo cómodamente. El avariento, por sus vestidos usados, rotos y desaseados, parece un mendigo; por su alimentacion es el mas desgraciado mortal, así como por las privaciones que en otros sentidos se impone, vedándose toda honesta satisfaccion, y aun cercenándose lo indispensable para conservar robustez y salud.

En tal estado, se llega á idolatrar la plata y el oro como metales, no por el bien que pueden producir cambiándose por cosas útiles; y se goza al tocarlos, como si de ellos se desprendiese alguna sustancia que reanimara y confortara la vida.

VI.—Mezquindad y prodigalidad.

La *mezquindad* es una de las fases en que mas naturalmente se muestra la avaricia. Personas inmensamente ricas suelen á veces portarse como las mas pobres, si se ven aquejadas de este vicio. Craso, un romano que se habia hecho riquísimo comprando bienes confiscados en las proscripciones de Sila, y cuyo caudal ascendia á siete mil talentos, (1) tenia gusto en la conversacion del griego Alejandro, lo llevaba consigo al campo, le prestaba un sombrero de viaje, y á la vuelta se lo exigia.

Contrasta con este ejemplo un rasgo de César, en que resalta su prodigalidad y grandeza de alma. Cuando pasó á la Asia huyendo del resentimiento de Sila, porque éste le habia ordenado que repudiase á su mujer y no lo quiso cumplir, cayó prisionero en poder de unos piratas; pero lejos de acobardarse, los trató sin miramiento, y los amenazó como si fuera su gefe. Despues de ajustar su rescate en veinte talentos, les dijo: *Es demasiado poco, os daré cincuenta; pero en cuanto me vea libre, os haré crucificar.* La historia asegura que cumplió su promesa; y nosotros añadiremos que solo de siglo en siglo aparecen hombres predestinados á figurar tan alto como César, y que su proceder estando prisionero fué magníficamente imprudente.

(1) Mas de siete millones de pesos: el talento viene á corresponder á 1114 pesos.

VII.—Consecuencias de la avaricia.

La avaricia conduce á excesos lamentables y obliga á cometer acciones indecorosas, aun á las personas que parecia deberian hallarse mas al abrigo de sus incentivos. Jugando un dia el emperador Calígula con mala fortuna, hizo que le llevasen el catastro de la provincia gala, condenó á muerte á algunos de los mas ricos propietarios, y dijo á sus compañeros: *vosotros me ganais poco á poco; yo he ganado en un instante ciento cincuenta millones.*

"El mismo emperador hizo llevar á Leon, varios muebles de familia y venderlos en pública subasta, que presidió en persona alabando todos los objetos. "Esto, decia tomando alguno de ellos en las manos, era de Germánico, mi padre; esto lo he recibido de Agripa; aquel vaso egipcio fué de *Antonio*, y *Augusto lo conquistó en Accio;* y sacaba por todo enormes sumas." De la propia manera, y porque las muchas confiscaciones habian hecho bajar considerablemente el valor de los bienes raíces, se puso á subastarlos en persona, asignando á cada finca el precio y el comprador, por lo cual algunos quedaron reducidos á la mendicidad, y otros se dieron la muerte."

Los sentimientos del avaro se retratan en su fisonomía antipática; muestra constantemente dureza para el desgraciado, porque quien no se beneficia á sí mismo, no puede ser benévolo con los demas, y á cada momento da pruebas de que desconfia de todo el mundo, hasta el grado de ver en cada hombre un enemigo que puede robarle sus tesoros.

La avaricia suele ir acompañada de un espíritu exacto y aun justo, en todo lo que no se roce con el interes propio; pero en ninguna ocasion puede producir acciones grandes que requieran un átomo de generosidad.

La *prodigalidad* se encuentra exactamente en el extremo opuesto. El pródigo da por vanidad, arroja á la calle sus bienes ó los ajenos. Ni la justicia, ni el deber, ni la caridad, mueven al pródigo; que se diga que es un personaje magnífico, y en pos de esta quimera dejará ir la felicidad de un mundo.

No es siempre extraño á este vicio, un poco de fria y pasajera benevolencia Tomando á los hombres el pródigo como instrumentos de alabanza y de fama, esperando de ellos la suprema dicha de ser enaltecido, abre la mano sin mala voluntad, y si hace el bien, se alegra sinceramente de ello, porque puede producir ecos laudatorios; si causa el mal, no fué esa su intencion, y no se arrepiente de lo hecho.

VIII.—Consecuencias de la economía.

En cuanto á la *economía*, bastará decir, que la acompañan la modestia, la verdadera humildad, y que da entrada á la caridad, en la forma mas pura de esta virtud, que consiste en privarse, para hacer el bien de otro, de parte de lo que nos es necesario para nosotros mismos.

La economía asegura la independencia personal, y aleja de las familias el terrible azote de la vanidad, del antagonismo, de la ostentacion. Casi siempre puede decirse de las familias económicas, que son las familias virtuosas.

IX.—Lujo.

El lujo aumenta las necesidades indefinidamente. Todos los placeres que exceden los límites ordinarios de la naturaleza, ofrecen inmensas dificultades para conseguirse, sin corresponder á los esfuerzos que se hacen para realizarse. Un vaso de agua clara cuando nos agobia la sed, es un don del cielo; un poco de nieve en el estío, es un placer de poco costo y muy delicioso. Pero no hallar gusto sino en lo mas caro, que es casi siempre adulterado y menos sano; no estar contento con la mediocridad en la comida, en el vestido y en la casa; sacrificar, en una palabra, al lujo toda verdadera comodidad, es hacerse esclavo de ridículas fantasías y prepararse una vida infeliz, con los recursos que bastarian á una vida dichosa.

X.—Munificencia.

El extremo del lujo á que poquísimos individuos pueden tocar, es la *Munificencia*. Para consumir en una comida grandes tesoros, gastar en un vestido lo que podria bastar para proveer á todas las familias de una poblacion, se necesitan muy grandes riquezas y una inmensa locura, como la de Cleopatra que, conforme aseguran algunos historiadores, dió desleida en una copa á Marco Antonio una perla que valia una ciudad.

Los que recomiendan la *munificencia* hasta hacerla pasar como una virtud de los grandes señores, encontrarán muy dignas de elogio esas prodigalidades extravagantes, cuyo recuerdo nos ha consignado la historia, solo para que se conozca hasta qué extremidades puede llegar el hombre, cuando se coloca fuera de todo correctivo moral.

Copiarémos á este propósito lo que se refiere de un emperador romano, advirtiendo que omitimos todo el cortejo de vicios repugnantes y horribles, con que acompañaba de continuo su molicie y sensualidad.

Heliogábalo (1) excedió en impiedad, prodigalidad, libertinaje y barbarie, á los monstruos que le habian precedido. Sus habitaciones no se cubrian sino de telas de oro: á su carro, que era de oro y piedras preciosas, uncia mujeres con el seno desnudo: desde el sitio de donde se movia hasta el carruaje, no debia pisar sino polvos de oro: de este metal eran los vasos, cualquiera que fuese el uso á que se destinasen, y por la noche distribuia entre los convidados, aquellos de que se habia servido durante el dia. Sus vestidos eran de las telas mas finas, y estaban recamados de piedras preciosas, no habiéndose puesto jamas uno dos veces, ni usado tampoco dos veces un mismo anillo. Regalaba al pueblo y á los soldados vajillas de oro y plata, piedras finas, vales de diversas sumas: llenó de esencia de rosa los estanques de peces, y de vino el canal de los combates navales, y una profusion de flores adornaba sus aposentos, sus galerías, sus lechos. Daba festines en que no se servian mas que lenguas de pavos reales y ruiseñores, huevas de rodaballo, sesos de papagayos y faisanes, calcañales de camellos, pechugas de cisnes; no probaba el pescado sino cuando se encontraba á gran distancia del mar, y entonces distribuia entre el vulgo un número considerable de los mas delicados y de mas costoso trasporte; alimentaba sus perros con hígado de ansarones, á sus caballos con uvas, y á las fieras con faisanes y perdices. Al que inventaba alguna salsa incitante, se le adjudicaba un premio; pero si no era del gusto del emperador, se le condenaba á no comer mas que aquello hasta que descubriese otro incitativo mas feliz.

"Servíanse ademas en sus banquetes guisantes con granos de oro, lentejas con aereolitos, habas con ámbar, arroz con perlas; se mezclaba con almáciga el vino de rosa, y se esparcian polvos de ámbar sobre las criadillas de tierra y el pescado. Las mesas y los vasos eran de oro, y representaban figuras impúdicas; á las lámparas se les ponia aceite de nardo; rosas y jacintos llovian sobre los convidados, algunas veces en cantidad capaz de sofocarlos, para mayor diversion del emperador."

XI.—Magnificencia.

La *magnificencia* se muestra en ocasiones señaladas, tratándose especialmente de solemnidades nacionales, porque los gastos que requieren son justamente considerados en un particular como una loca prodigalidad. Nada recuerda la historia tan magnífico como los triunfos y ovaciones de los generales romanos, cuando

(1) Historia univ. por César Cantú.

volvian á la capital despues de grandes hazanas, y entre esos triunfos acaso ninguno fué tan espléndido como el del emperador Aureliano, cuando destruyó á Palmira y sojuzgó de nuevo las provincias que se habian rebelado. "Iban á la cabeza veinte elefantes, cuatro tígres, y ademas doscientas fieras de las mas raras y curiosas del Oriente y el Mediodía; despues seguian mil seiscientos gladiadores destinados al anfiteatro; y á continuacion iban los tesoros del Asia y de la reina de Palmira, dispuestos en vistosa confusion, y en una infinidad de carros; banderas militares, yelmos, escudos y corazas. Los embajadores de las naciones mas remotas, etiopes, árabes, persas, bactrianos, indios y chinos, llamaban la atencion, tanto por su extraña fisonomía, cuanto por la riqueza y singularidad de su traje. Los productos de todas las comarcas, y las coronas de oro que las ciudades le habian ofrecido en señal de agradecimiento, atestiguaban la obediencia y la adhesion del mundo hácia aquella Roma que estaba al bordo del sepulcro."

"Marchaban detras largas filas de godos, vándalos, sármatas, alemanes, francos, galos, sirios y egipcios, encadenados; diez guerreras godas cogidas con las armas en las manos, y que se titulaban Nacion de las Amazonas; el emperador Tétrico y la reina Zenobia, aquel con los gregüescos al estilo de los galos, la túnica amarilla y el manto de púrpura, acompañado de su hijo y de los cortesanos de las Galias; la reina de Oriente, cubierta de joyas y con cadenas de oro, en las manos y el cuello, sostenidas por esclavas persas, y en pos de ella, el magnífico carro que habia preparado para cuando debiese subir triunfalmente al Capitolio, y otros dos no menos lujosos, uno de Odenato y otro del rey de Pérsia. En el cuarto iba Aureliano, tirado por cuatro siervos (rengíferos), arrebatados á un rey godo; cerrando la comitiva, que se adelantaba en medio de vivas y aclamaciones, los senadores y los mas ilustres ciudadanos. Juegos del Circo, representaciones escénicas, luchas de gladiadores y de fieras, y combates navales, coronaron é hicieron memorable aquella solemnidad."

XII.—Gula.

El que quiera formarse idea de lo repugnante que es la *gula*, que observe la avidez con que engulle el cerdo, su insaciable voracidad, la suciedad de todo lo que le rodea, su aspecto abotagado, la enerjía feroz con que disputa á los demas animales su alimento, á pesar de sus movimientos torpes, y de la somnolencia y pereza en que se halla sumergido ordinariamente. El animal que

se deja dominar de la gula, da á sus pasiones una extrema irritabilidad, y algo de sombrío y salvaje á todo lo que hace, mientras no satisface su apetito, pronto á renovarse indefinidamente.

Esta dependencia del vientre á todas horas, tal necesidad de consumir grandes cantidades de alimento, cuando muchos animales viven de muy poco, y tienen la fuerza conveniente á su organizacion, deberian retraer á las criaturas racionales de la propension á la gula, corrigiéndola enérjicamente, aunque no sea sino para tener una vida mas fácil, y menos expuesto el cuerpo á continuas enfermedades.

La historia nos ha conservado las escenas repugnantes, en que los emperadores romanos se abandonaban á este vicio rastrero; todavía es famoso el imbécil Claudio de quien refiere, (1) "que si en medio de los juicios á que asistia, de las comedias ó de las arengas, sentia el olor de las viandas que cocian los sacerdotes, nadie podia detenerle; corria y devoraba; se atracaba hasta la garganta, vomitaba en seguida, y volvia á hartarse."

Vitelio se hacia convidar por un amigo á almorzar, por otro á comer, por un tercero á merendar, á cenar por un cuarto, en el mismo dia, y habia rivalidad acerca de quién le servia mejor; pero á todos sobrepujaba su hermano Lúcio, que le dispuso dos mil platos de pescado, y siete mil de las aves mas exquisitas del mundo. El emperador inventó un plato, llamado el escudo de Minerva, por su prodigiosa cavidad, en el cual reunia cuanto podia excitar mas el paladar ó el capricho de un hombre; sesos de faisan, hígados de escaro, leche de lamprea, lenguas de aves raras, de mil colores, cogidas en la epoca de la muda, á cierta hora hembras sorprendidas en la pollada, machos interrumpidos en su sueño, porque la agitacion daba al hígado un sabor delicioso; huevas de peces, arrancadas del fondo de los lagos, á la manera que se pescan las perlas; otros peces enviados á Roma en la misma agua en que habian sido cogidos; ademas, setas cuyo nacimiento se espiaba en las noches húmedas, y manzanas embarcadas con sus árboles, y con parte del jardin en que habian crecido, para que César las cogiese con su mano, y gozase las primicias de su fragancia."

XIII.—Lujuria.

Poco tenemos que hablar de la *lujuria*. Hay una edad desde la cual el hombre ama á la mujer por ser mujer, y ésta prefiere al hombre por ser hombre. Tal época comienza generalmente despues de los catorce años.

(1) César Cantú. Hist. Univ.

Dios ha querido que por medio de este amor de los dos sexos se propague la especie humana; pero al mismo tiempo ha impuesto correctivos terribles para los que abusan de tal disposicion, y para los que pretenden anticipar lo que no es permitido sino conforme á las reglas que la sociedad tiene establecidas, pues á tales desórdenes acompañan enfermedades dolorosas y perjuicios irreparables en la organizacion, que vienen á llorarse toda la vida.

El lujurioso es por tanto un imbécil que se suicida, pretendiendo goces indebidos; y así como el que se abandona á la gula sirve á los caprichos del cuerpo, alimentándolo desmesuradamente, el que cae en la lujuria, que es un vicio muy repugnante, sirve al cuerpo, debilitándolo é imposibilitándolo para todas las ocupaciones honestas de la vida.

P. ¿Qué es Ambicion?

R. El constante deseo de dominar á los hombres, ó siquiera de figurar entre ellos ventajosamente, para dirigir los negocios públicos.

P. ¿Qué se entiende por Avaricia?

R. El empeño inmoderado de adquirir riquezas.

P. ¿Qué quiere decir Economía?

R. La prudente distribucion de los bienes que poseemos, á fin de satisfacer nuestras necesidades y las de aquellas personas que de nosotros dependen.

P. ¿Qué personas deben llamarse Pródigas?

R. Las que pudiendo reservar algunos bienes para el porvenir, disipan cuanto tienen en goces de presente.

P. ¿Qué cosa es Lujo?

R. El gasto excesivo en comer y en vestir, hecho solo para el regalo y molicie del cuerpo.

P. ¿Qué se entiende por Munificencia?

R. La pompa y lujo de los grandes señores.

P. ¿Debe confundirse con la Magnificencia?

R. No, porque ésta es permitida y aun obligatoria á las autoridades, en todo lo que se refiere al ornato público y á las festividades de la nacion.

P. ¿Qué cosa es Gula?

R. Comer ó beber inmoderadamente.

P. ¿Por qué se dice que los vicios que se han explicado son opuestos á la caridad?

R. Porque todos tienen por base el egoismo, *y nos impiden hacer bien al prójimo.*

CAPITULO V.

VIRTUDES QUE SE DERIVAN DE LA JUSTICIA.

I.—Orden público.

El órden público entraña la concordia de muchos intereses privados, que están siempre dispuestos á turbar la paz y que enmudecen ante el poder de los intereses generales. Una tranquilidad perfecta seria la señal característica de que la observancia de la justicia era absoluta. Hablamos de una tranquilidad que no excluya la lucha ni el afan del progreso. La humanidad no puede estar inmóvil ni encerrada en los círculos caprichosos de la política; la única garantía que necesita, como pueblo, como familia, como individuo, se reduce á la seguridad, á la evidencia de que el derecho, la verdad y la razon, serán respetados por todos.

Millares de desarrollos divergentes y aunrebeldes aparecen en el seno de la sociedad, turbándola mas ó menos profundamente; pero siempre que no establezcan una injusticia durable, la misma sociedad seguirá sin grandes trastornos el camino de su engrandecimiento. Pero si llega á hacerse dominante un grande interes ilegítimo, opuesto al bien comun, la asociacion experimentará convulsiones muy repetidas, hasta curarse de ese mal ó perecer.

Podria decirse que el órden público es un bien y no unavirtud; pero debe advertirse que ese bien es el producto del esfuerzo de muchos, así como el desórden durable de un pueblo tiene por cómplice y por víctima á ese mismo pueblo.

II.—Orden particular.

El órden particular ó de familia proviene del modo con que cada uno cumple sus deberes en sociedad, de la inteligencia y laboriosidad que pone en sus negocios, y de la prudencia y enerjía con que defiende y sostiene sus derechos. Intencionalmente no hablamos aquí de la moralidad privada, porque ya la suponemos como elemento necesario de todo órden, y porque contrayéndonos á los deberes estrictos y á los derechos perfectos, es decir, *forzosamente* exigibles, ya se entiende que el individuo y la familia que se colocan en el centro de tales deberes y derechos, establecen el órden particular á que están obligados.